

Palau 100

## EXCELENCIA SOBRE EXCELENCIA

Palau de la Música. 6-VII-2015. Staatskapelle Berlin. Director: Daniel Barenboim. Obras de Wagner y Elgar.



**BARCELONA** La temporada 2015-2016 de Palau 100 se ha abierto, de forma especialmente feliz, con dos conciertos de la Staatskapelle de Berlín con su director titular, Daniel Barenboim, al frente. El primero, del que aquí damos cuenta, dedicado a Wagner y Elgar; el segundo, con la colaboración del Orfeo Català y del Cor de Cambra del Palau de la Música Catalana, dedicado a Verdi. La excelencia de la orquesta Staatskapelle de Berlín y de Daniel Barenboim es algo que se da por descontado. Pero la íntima complicidad entre orquesta y director —Barenboim es desde 1992 director titular de aquella y desde 2000 director vitalicio— todavía añade excelencia sobre excelencia. Y así se pudo percibir directamente, con toda claridad, en este concierto inaugural.

Barenboim había planteado un programa con una primera parte dedicada a momentos instrumentales de *Parsifal* —Preludio del Acto I y *Encantos del Viernes Santo*— y de *Los maestros cantores de Núremberg* —Preludio del Acto I—, es decir unas

altas muestras del Wagner “sinfónico” —es Chaikovski quien después del estreno del *Ring* en Bayreuth hablaba de Wagner como de “ese gran sinfonista”, no sin malicia. Al programar en la segunda parte la *Sinfonía n.º 1* de Elgar, la influencia de Wagner sobre éste, muy especialmente en la orquestación —masiva pero tratada de forma transparente, espléndida de policromía— y en el uso manifiesto del *Leitmotiv*, se hizo evidente.

En todo momento Barenboim estuvo admirable, tanto que cabe decir que fue una de las ocasiones en que más alto ha rayado su genio, al menos entre las muchas, casi siempre excelentes, de las que guardamos recuerdo. Una mezcla de inspiración genial y de exquisito cuidado de la orquesta hizo que la música nos conmoviera desde el inicio mismo del transcendente Preludio de *Parsifal*, cuyo sonido parecía surgir, a la manera del famoso foso de Bayreuth, de lo profundo y telúrico, para irse expandiendo de una forma serena, como modelado por la amplia y sobria gestualidad de un Barenboim

espléndido en su sobriedad y excepcionalmente inspirado. Del exquisito estudio de los volúmenes sonoros —espléndidos los violines *divisi*—, la perfecta indicación y ejecución del *legato* en la interpretación de los *Encantos del Viernes Santo* pasamos al sonido opulento, pero sabiamente controlado, a la majestad, pero también al lirismo, con que vertió la obertura de *Los maestros cantores de Núremberg*.

Desde este Wagner Barenboim consiguió, si cabe, todavía algo más, una versión muy importante de la *Primera Sinfonía* de Elgar. Esa amplitud, esa solemnidad, que había ya usado en las versiones de Wagner, adquirieron rasgos de grandiosa sencillez y nobleza en el bellísimo —y, justamente, anotado “nobilmente e semplice”— primer movimiento. Ese clima se fue cambiando en momentos de lirismo fresco o intimista y desembocó, de nuevo elocuente grandiosidad, en el último movimiento de una sinfonía de la que, escuchamos, en fin, una versión inolvidable.

José Luis Vidal